

Boomeritis

Aburrida: persona de mal gusto, más interesada en ella que en mí.

AMBROSE BIERCE

El diccionario define al término narcisismo como "interés excesivo en uno mismo, en la propia importancia, en las propias habilidades, etcétera; egocentrismo". Pero el narcisismo no consiste tan sólo en sobrevalorar el yo y sus capacidades, sino también en infravalorar correlativamente a los demás y a sus aptitudes. Así pues, el narcisismo no se caracteriza sólo por una autoestima desproporcionada, sino también por una desvalorización simultánea de los demás. Según dicen los clínicos, el estado interno característico del narcisismo es el de un yo vacío o fragmentado que trata de llenar ese vacío con un movimiento egocéntrico destinado a engrandecer el yo a expensas de disminuir el yo de los demás, de modo que su talante emocional queda perfectamente reflejado por la frase: «¡A mí nadie me dice lo que tengo que hacer!».

Aunque existen muchas formas de conceptualizar el narcisismo (y también muchas modalidades diferentes de narcisismo), la mayor parte de los psicólogos están de acuerdo en que, hablando en términos generales, se trata de un rasgo normal de la infancia que, en el mejor de los casos, acaba viéndose superado. De hecho, el proceso de desarrollo de la conciencia puede ser considerado como una disminución progresiva del egocentrismo. El niño pequeño se halla fundamentalmente encerrado en su propio mundo, ajeno tanto al entorno que le rodea como a la mayor parte de las interacciones humanas.' En la medida en que van consolidándose la fortaleza y las capacidades de su conciencia, va cobrando simultáneamente conciencia de sí y de las personas que le rodean, hasta llegar finalmente a desarrollar cualidades con las que no nace -como el cuidado, la compasión y el abrazo integral generoso-, que le permiten ponerse en el lugar de los demás.

El desarrollo en tanto que disminución del egocentrismo

Como señala Howard Gardner, el psicólogo evolutivo de Harvard:

El niño pequeño es sumamente egocéntrico, lo cual no significa que sólo piense egoístamente en sí mismo sino, muy al contrario, que no puede pensar en sí mismo. El niño egocéntrico es incapaz de diferenciarse del resto del mundo y, en ese sentido, todavía no se ha separado de los demás ni de los objetos. De este modo, siente que los otros comparten su dolor o su placer, que inevitablemente deben comprender las palabras que apenas masculla, que su perspectiva es compartida por todas las personas y que hasta los animales y las plantas participan de su conciencia. Así, cuando juega al escondite cree ingenuamente que, si no ve a los demás, ellos tampoco podrán verle, porque su egocentrismo le impide reconocer que el punto de vista de los demás es diferente del suyo. Desde esta perspectiva, el proceso entero del desarrollo humano puede ser considerado como una disminución progresiva del egocentrismo.

El desarrollo, en gran medida, supone una expansión de la conciencia y una disminución correlativa del narcisismo, que va acompañada de la capacidad de tener en cuenta -y, en consecuencia, de expandir la conciencia- hasta llegar a abarcar a otras personas, lugares y cosas. Carol Gilligan, por ejemplo, descubrió que el desarrollo moral de las mujeres atraviesa tres grandes estadios generales a los que denomina egoísta, respeto y respeto universal, en cada uno de los cuales se amplía el círculo del respeto y la compasión al tiempo que disminuye el egocentrismo. Al comienzo, la niña se halla fundamentalmente preocupada por sí misma, luego comienza a preocuparse también por los demás (habitualmente su familia y sus amigos) y, finalmente, puede expandir su preocupación y buenos deseos a toda la humanidad (y asumir así un abrazo más integral). Y hay que decir que cada nuevo paso hacia adelante en ese proceso no significa que uno deje de preocuparse por sí mismo, sino tan sólo que cada vez incluye más a los demás, por quienes llega también a sentir una preocupación y una compasión genuinas.

Digamos también, incidentalmente, en este mismo sentido, que los hombres atraviesan estos mismos tres estadios generales aunque -según Gilligan- enfatizando más los derechos y la justicia que el respeto y la relación. Gilligan opina que, después del tercer estadio, ambos sexos pueden pasar por un cuarto estadio de integración que contrarresta esta tendencia, de modo que, en el estadio integral-universal, tanto los hombres como las mujeres integran las facetas masculinas y femeninas unificando así la justicia y la compasión. Este abrazo integral constituye una especie de culminación del tercer estadio general de respeto universal (que en breve correlacionaré con otras concepciones, como la Spiral Dynamics, por ejemplo).

Estos tres estadios generales son comunes a la mayor parte de las facetas del desarrollo y son conocidos con nombres muy diversos, como preconventional, convencional y postconvencional; egocéntrico, sociocéntrico y mundicéntrico, o "yo", "nosotros" y "todos nosotros".

El estadio egoísta suele denominarse preconventional, porque el niño pequeño todavía no ha aprendido las reglas y roles convencionales o, dicho en otras palabras, porque todavía no se ha socializado. No puede asumir el papel de los demás y, en consecuencia, tampoco puede experimentar un respeto y una compasión genuinos. Precisamente por esto sigue siendo egocéntrico, egoísta, narcisista, etc., lo cual no significa que no experimente ningún tipo de sentimientos hacia los demás, ni que sea completamente amoral, sino tan sólo que, comparado con los estadios posteriores del desarrollo, sus sentimientos y su moral se hallan todavía fuertemente anclados en los impulsos, los instintos y las necesidades fisiológicas. (Aunque algunos teóricos románticos sostengan que el niño mora en un estado de libertad no-dual y bondad original, ¿qué bebé es realmente libre? En el mejor de los casos, se trata de un estado de potencialidad y apertura, no de presencia real de la libertad, dado que cualquier estado sometido a los impulsos, el hambre, la tensión y la descarga no puede ser realmente libre. En cualquier caso, la investigación realizada al respecto evidencia de manera consistente que el niño no puede asumir el papel de los demás y, en consecuencia, no se halla en condiciones de experimentar compasión, respeto o amor por ellos.)'

En torno a los 6 o 7 años de edad, aproximadamente, tiene lugar un cambio muy profundo en la conciencia y el niño comienza a estar en condiciones de asumir el papel de los demás. Supongamos, por ejemplo, que usted tiene un libro de portada azul y contraportada naranja. Supongamos también que le muestra ese libro a un niño de cinco años de edad y que después lo sostiene entre ambos de modo que la tapa naranja quede mirando hacia usted y la azul hacia el niño. Pregúntele luego qué color está viendo y no dudará en responder correctamente que el azul. Pero si luego le pregunta qué color es el que usted está viendo, el niño de cinco responderá equivocadamente que azul, a diferencia de lo que ocurre con el de siete años.

Dicho en otros términos, el niño de cinco años no ha desarrollado todavía la capacidad cognitiva que le permita salir de su propia piel y colocarse provisionalmente en la piel de otro y, en consecuencia, nunca entenderá realmente su perspectiva, nunca le comprenderá y por lo tanto no será posible el reconocimiento mutuo. Mal podrá, en tal caso, respetar su punto de vista (por más que emocionalmente puede amarle). Pero todo eso comienza a cambiar con la emergencia de la capacidad de asumir el papel de los demás, un avance al que Gilligan, dicho sea de paso, denomina como el avance desde el estadio egoísta al del respeto.

El estadio del respeto -que habitualmente se prolonga desde los siete años de edad hasta la adolescencia- es conocido también con los nombres de convencional, conformista, etnocéntrico y sociocéntrico, formas diferentes, todas ellas, de decir centrado en el grupo (ya sea la familia, el grupo de pares, la tribu o la nación). En tal caso, el niño sale de su propia perspectiva limitada y empieza a compartir las visiones y perspectivas de los demás, hasta el punto de quedar muy a menudo atrapado en la perspectiva de éstos (de ahí el término conformista). Este estadio suele ser conocido también como el estadio del "niño bueno" o la "niña buena", "mi patria, esté en lo cierto o esté equivocada", etc., reflejando, de ese modo, la intensa conformidad, presión de los pares y autoridad del grupo que normalmente le acompañan. Por otra parte, aunque el individuo que se halle en este estadio pueda salir, hasta cierto punto, de su propio punto de vista, no puede hacer lo mismo con la perspectiva del grupo. Ha pasado del "yo" al "nosotros" -y experimentado, por tanto, una mengua del egocentrismo- pero todavía se halla atrapado en el "mi patria, esté en lo cierto o esté equivocada".

Esta situación empieza a cambiar en la adolescencia, con la emergencia de la conciencia postconvencional y mundicéntrica (el respeto universal de Gilligan), otro gran paso hacia delante en el proceso de disminución del egocentrismo porque, en esta ocasión, es el grupo de pares el que se pone en cuestión. ¿Qué es lo correcto y justo, no sólo para mí, mi tribu o mi nación, sino para todos los seres humanos, independientemente de raza, religión, sexo o credo? Éste es el momento en que el adolescente puede convertirse en un apasionado idealista, un cruzado de la justicia o un revolucionario dispuesto a poner al mundo patas arriba. Y aunque parte de esta situación se deba simplemente a un cambio hormonal, también tiene que ver con la emergencia del estadio

del respeto, la justicia y la ecuanimidad universal que jalona el comienzo de la posibilidad de desarrollar un abrazo auténticamente integral.

La espiral de la compasión

Estos tres estadios generales -egocéntrico, etnocéntrico y mundicéntrico- resumen simplemente las muchas olas por las que atraviesa el proceso del desarrollo de la conciencia, pero ya podemos advertir que, como dice Gardner, el desarrollo, en realidad, constituye una disminución del egocentrismo. Cada nueva ola evolutiva supone, pues, simultáneamente, una disminución del narcisismo y un aumento correlativo de la conciencia (o un aumento en la capacidad de asumir perspectivas cada vez más amplias y profundas).

Existen, obviamente, modelos más complejos que presentan más estadios. En el capítulo 1 hemos dado un ejemplo de las ocho olas del desarrollo de la conciencia de las que habla la Spiral Dynamics (véase figura 2.1 para las correspondientes correlaciones). Según la Spiral Dynamics, existen tres estadios preconventionales, el beige (arcaico-instintivo), el púrpura (mágico-animista) y el rojo (egocéntrico). Advertamos que, aunque el meme rojo se califique como "egocéntrico", los dos estadios anteriores son todavía mucho más egocéntricos (puesto que, como ya hemos dicho, el proceso de desarrollo se caracteriza por una franca disminución del narcisismo), lo único que ocurre es que rojo jalona simplemente el final de los reinos egocéntricos y preconventionales. En el siguiente estadio (azul, es decir, conformista-rol), el narcisismo se diluye en el grupo: ¡no soy yo, sino mi país, el que no puede estar equivocado! Esta postura convencional/conformista perdura hasta llegar al meme naranja (egoico-racional), que jalona el acceso a los estadios postconvencionales (verde, amarillo y turquesa), que se caracterizan (especialmente naranja y verde) por el cuestionamiento de los mitos, de los valores conformistas y de los

Figura 2.1. Visiones del mundo e identidades.

prejuicios etnocéntricos que casi siempre impregnan los estadios preconventionales y convencionales.

Resumiendo, pues, en la medida en que el proceso de desarrollo avanza desde lo preconventional a lo convencional y, posteriormente, hasta lo postconvencional (o, lo que es lo mismo, desde lo egocéntrico a lo etnocéntrico y, posteriormente, hasta lo mundicéntrico), el peso del narcisismo y del egocentrismo va disminuyendo de forma lenta pero segura. En lugar de tratar al mundo (y a los demás) como una mera extensión del propio yo, el adulto maduro de la conciencia postconvencional trata al mundo en sus propios términos, como un yo individualizado en una comunidad de otros yoes individualizados entre los cuales existe un respeto y un reconocimiento mutuo. La espiral del desarrollo es, dicho en otras palabras, una espiral de compasión que se expande desde el "yo" al "nosotros" y, posteriormente, hasta el "todos nosotros", abriéndose cada vez más a un abrazo realmente integral.

Debo advertir, no obstante, que con ello no estoy afirmando que el desarrollo suponga un progreso lineal cada vez más positivo y luminoso, porque lo cierto es que cada nuevo estadio no sólo nos proporciona nuevas potencialidades, nuevas capacidades y nuevas fortalezas, sino que también abre la puerta a nuevos desastres, nuevas patologías y

nuevas enfermedades. Hablando en términos generales, podríamos decir que los nuevos sistemas emergentes deberán enfrentarse a problemas nuevos que no aquejaban a sus predecesores (los perros pueden padecer cáncer, cosa que no ocurre con los átomos, por ejemplo). Lamentablemente, pues, el proceso de desarrollo de la conciencia se atiene a una "dialéctica del progreso", según la cual hay un precio que pagar por cada nuevo paso hacia adelante que, en consecuencia, trae consigo buenas y malas noticias. En cualquiera de los casos, el hecho es que cada una de las olas del desarrollo de la conciencia aporta la posibilidad de una ampliación del respeto, la compasión, la justicia y la misericordia, en el camino hacia un abrazo más integral.

¡Luchemos contra el sistema!

Una de las causas del narcisismo, pues, se asienta sencillamente en el fracaso del proceso de crecimiento y evolución, especialmente en la difícil transición que conduce desde la fase egocéntrica hasta la sociocéntrica, una transición a la que ciertos aspectos de la conciencia pueden resistirse y quedar así "atrapados" en los dominios egocéntricos, con la consiguiente dificultad en adaptarse a las reglas y roles de la sociedad. Es evidente que algunas de esas reglas y roles pueden ser indignas de respeto y deben ser cuestionadas y rechazadas. Pero la actitud postconvencional -que observa, analiza y critica las normas de la sociedad- sólo puede ser alcanzada después de los estadios convencionales, porque las competencias logradas en esos estadios constituyen precisamente los prerrequisitos necesarios para el desarrollo de la conciencia postconvencional. Dicho en otras palabras, quien no haya alcanzado los estadios convencionales difícilmente estará en condiciones de llevar a cabo una crítica postconvencional a la sociedad y tenderá, por tanto, a caer presa de la mera rebelión preconvencional. Recordemos que el lema del narcisismo es « ¡A mí nadie me dice lo que tengo que hacer! », un tópico que nunca está lejos de las olas preconvencionales de la existencia.

Los críticos están de acuerdo en que los boomer han sido una generación notoriamente rebelde. Qué duda cabe de que parte de esa rebeldía ha sido protagonizada por individuos postconvencionales sinceramente interesados en reformar las facetas injustas, abusivas o amorales de la sociedad pero, del mismo modo -y, en este sentido, existe una clara evidencia experimental- un porcentaje alarmantemente elevado de esa actitud rebelde se ha originado en impulsos preconvencionales que tienen grandes dificultades para adaptarse a la realidad convencional. Los lemas tan habituales de los años sesenta -«¡Luchemos contra el sistema!» o «¡ Cuestionemos toda autoridad! »- puede proceder, pues, tanto de las filas preconvencionales como de las postconvencionales... y la evidencia sugiere que aquello ocurre con bastante más frecuencia que esto.

Existe un estudio ya clásico a este respecto que tuvo como objeto a los participantes de la protesta estudiantil de Berkeley de finales de los años sesenta, fundamentalmente en contra de la guerra del Vietnam), aunque, según los estudiantes, estaba motivada por una perspectiva moral más elevada. La investigación, sin embargo, concluyó que la inmensa mayoría no se hallaba tanto en los estadios postconvencionales del desarrollo

como en los preconvenionales (es innecesario decir que había muy pocos convencionales/conformistas porque, por definición, la convencionalidad no es muy rebelde que digamos). Obviamente, la moral postconvencional y mundicéntrica de la minoría de activistas resulta muy encomiable (y con ello no me refiero tanto al contenido concreto de sus creencias como al hecho de que llegaron a ellas a través de un razonamiento moral muy elaborado). En cualquiera de los casos, lo que quiero recalcar es el egocentrismo preconvenional de la mayoría.

El ítem más fascinante de este tipo de investigaciones empíricas gira en torno a la gran diferencia existente entre lo que podríamos denominar "pre" y "post", una diferencia que, lamentablemente, suele soslayarse por la aparente semejanza superficial existente entre pre-X y post-X (puesto que ambas son no-X). Con ello quiero decir, por ejemplo, que la no convencionalidad de las posturas preconvenional y postconvencional (ya que ambas se hallan fuera de las normas y reglas convencionales) suele llevar erróneamente a confundirlas. En consecuencia, aunque "pre" y "post" suelen utilizar la misma retórica y la misma ideología, se hallan, de hecho, separados por un abismo en términos de crecimiento y desarrollo. Así pues, aunque casi todos los estudiantes de las protestas de Berkeley afirmaban actuar movidos por principios morales universales (como, por ejemplo, que «la guerra de Vietnam viola los derechos humanos universales y, en tanto que ser moral, me niego a participar en ella»), la investigación demostró inequívocamente que sólo una pequeña minoría se hallaba realmente motivada por principios morales postconvencionales y que la inmensa mayoría, por el contrario, estaba simplemente dejándose arrastrar por impulsos egocéntricos preconvenionales del tipo: «¡A mí nadie me dice lo que tengo que hacer! De modo que haz con tu guerra lo que quieras».

Pareciera pues que, en este caso, se utilizaron nobles ideales morales para justificar lo que, de hecho, no eran más que impulsos bastante menos elevados. Es la extraña similitud superficial existente entre los estadios "pre" y "post" del desarrollo la que permite este tipo de coartada o, dicho en otros términos, la que permite que el narcisismo preconvenional aceche detrás de lo que ruidosamente se presenta como idealismo postconvencional. Habría, pues, que reinterpretar el supuesto idealismo de los boomer a la luz de estos hallazgos y diferenciar claramente entre lo preconvenional y lo postconvencional para no incurrir en lo que yo denomino "falacia pre/post".

Y éste es un punto realmente crucial, porque llama la atención sobre el hecho de que, sin importar cuán noble, idealista o altruista pueda afirmar ser una determinada causa - desde la ecología hasta la diversidad cultural y la paz mundial-, no basta simplemente con ahuecar la voz. Son demasiados los críticos sociales que simplemente asumen que, si los boomer hablan de "armonía, amor, respeto mutuo y multiculturalismo", deben estar haciéndolo desde una perspectiva idealista y no egocéntrica porque, como luego veremos, son muchos los casos en los que simplemente se proclaman a voz en grito eslóganes no egocéntricos como una cortina de humo que sólo cumple con la función de ocultar el propio egocentrismo.

Y con ello no estoy diciendo que todos los boomer sean culpables de incurrir en ese engaño, sino tan sólo que existe una actitud que amalgama, con demasiada frecuencia, la comprensión postconvencional y la motivación preconvencional a la que denomino "boomeritis".

Jerarquías de desarrollo versus jerarquías de dominio

En el mejor de los casos, el pluralismo, el multiculturalismo y el igualitarismo emergen de la evolucionada perspectiva proporcionada por el meme verde, una perspectiva que trata muy noblemente a todos los memes anteriores con el mismo respeto y compasión.' Pero su apasionado igualitarismo le impide ver que su propia postura -la primera, a fin de cuentas, realmente igualitaria- es más bien escasa (puesto que, como ya hemos visto, sólo afecta al 10% de la población mundial). Pero lo cierto es que, en una extrapolación del igualitarismo -que le lleva a no emitir ningún juicio jerárquico-, el meme verde no se queda ahí y acaba negando activamente los mismos estadios que propiciaron su emergencia. Como ya hemos visto, el igualitarismo verde es el producto de no menos de seis estadios del desarrollo que, curiosamente, llega a un punto, da media vuelta y niega violentamente su pasado.

Gran parte de esta confusión pluralista se origina en una errónea comprensión del término jerarquía y del papel que desempeña en el proceso de desarrollo natural. Veamos ahora, para aclarar este punto, cómo contempla cada uno de los memes la noción de jerarquía. El meme púrpura (mágico) reconoce la existencia de muy pocas jerarquías porque, como veremos, es preformal y preconvencional. El meme rojo (poder egocéntrico) reconoce las jerarquías que dependen de la fuerza bruta (fundamento de los imperios feudales). El meme azul (orden mítico) reconoce numerosas y muy rígidas jerarquías sociales, como el sistema de castas hereditarias, las jerarquías de la Iglesia medieval y la marcada estratificación social de los imperios feudales y las naciones tempranas. El meme naranja (logro individual) erosiona decisivamente las jerarquías azules en nombre de la libertad individual y de la igualdad de oportunidades (las jerarquías naranja difieren de las azules en que sustituyen la herencia y el privilegio por la meritocracia y la excelencia).

Al llegar al meme verde, sin embargo, el yo sensible empieza a condenar y atacar casi todo tipo de jerarquía -muy a menudo, por otra parte, aliada a la opresión social-, hasta el punto de que su rasgo distintivo es la antijerarquía.

Con la emergencia del pensamiento de segundo grado, sin embargo, las jerarquías resurgen de nuevo, pero esta vez de un modo más amable y anidado. Se trata de jerarquías anidadas -que también se denominan jerarquías del desarrollo- como la que va desde los átomos hasta las moléculas, las células, los organismos, los ecosistemas, la biosfera y el universo.' Cada una de esas unidades, no importa lo "humilde" que sea, es absolutamente crucial para la secuencia entera: destruya los átomos y acabará simultáneamente con las moléculas, las células, los ecosistemas, etc. Al mismo tiempo, cada ola superior envuelve y engloba a sus predecesoras -los ecosistemas contienen organismos que, a su vez, contienen células que, a su vez, contienen molécula-, en un

proceso de desarrollo que es, al mismo tiempo, envolvente. Por ello cada ola es cada vez más inclusiva, más abarcadora y más integral y, simultáneamente, menos marginadora, menos exclusivista y menos opresiva. (Cada ola sucesiva "trasciende a la vez que incluye", es decir, trasciende su propia estrechez para incluir a las demás.) Como ocurre con los procesos de crecimiento naturales, la misma espiral del desarrollo constituye una jerarquía anidada, una jerarquía del desarrollo.

Riane Eisler, autora de *El cáliz y la espada*, llama la atención sobre la importante diferencia existente entre "las jerarquías de dominio" y "las jerarquías de actualización". Aquéllas son rígidas jerarquías sociales que constituyen instrumentos de opresión, mientras que éstas son jerarquías de desarrollo absolutamente necesarias para la autorrealización de los individuos y de las culturas (y también de casi todos los sistemas biológicos). Y es que las jerarquías de dominio son instrumentos de opresión, mientras que las jerarquías de actualización son herramientas de crecimiento, porque unifican los elementos anteriormente separados y fragmentados. Así es como los átomos aislados se unifican en moléculas; las moléculas aisladas se unifican en células; las células aisladas se unifican en organismos; los organismos aislados se unifican en ecosistemas; los ecosistemas aislados se unifican en la biosfera, etc. Resumiendo, las jerarquías de desarrollo integran los fragmentos, convierten los montones en totalidades y transforman la alienación en cooperación.

Todo esto, según la *Spiral Dynamics*, es lo que se torna cada vez más consciente en la conciencia de segundo grado, una modalidad de conciencia integral que engloba las jerarquías anidadas del desarrollo. Por ello, si reaccionamos negativamente contra todas las jerarquías, no sólo emprenderemos una lucha muy noble y necesaria contra las injusticias de las jerarquías de dominio sino que, muy probablemente, obstaculizaremos nuestro propio desarrollo hasta la conciencia integral de segundo grado. Como luego veremos, el meme verde cuestionó adecuadamente los absolutismos y universales de las jerarquías de dominio propias de azul y naranja, pero terminó equiparando y negando toda jerarquía, con lo cual cerró las puertas a su propio desarrollo y quedó estancado en el pensamiento del primer grado.

(Y lo mismo ocurre con los universales y "metanarrativas", que están ausentes en las olas preconventionales, existen de un modo rígido y opresivo en el meme azul, se ven atacadas y deconstruidas en el verde y terminan reapareciendo de un modo más amable y anidado en las olas integrales propias del pensamiento de segundo grado. Así pues, ahí donde advierta un ataque a todo tipo de metanarrativas y universales, es muy probable que se halle en presencia de un meme verde.)

Boomeritis

El hecho es que la elevada postura evolutiva propia del pluralismo -resultado de no menos de seis grandes estadios de transformación jerárquica- da media vuelta y niega todas las jerarquías, niega el mismo camino que dio origen a su noble posición y extiende su abrazo igualitario a toda posición, sin importar cuán superficial o narcisista sea, hasta el punto de que cuanto más igualitaria, más alienta la cultura del narcisismo. ¡Y no

olvidemos que la cultura del narcisismo constituye la antítesis misma de la cultura integral!

(Ya hemos visto que la esencia del narcisismo se resume en el lema «¡A mí nadie me dice lo que tengo que hacer!». En consecuencia, pues, no reconoce la existencia de ningún universal y lucha denodadamente por sacudirse de encima todo tipo de obligaciones y su marcado egocentrismo puede ser evidenciado por los principios del relativismo pluralista.)

Así es como la evolucionada ola del pluralismo se convierte en un superimán para el narcisismo emocional, lo cual nos lleva de nuevo a boomeritis.

Como han señalado tantos críticos sociales, boomeritis es una extraña mezcla entre una elevada capacidad cognitiva (el meme verde y el noble pluralismo) y un bajo narcisismo emocional. Dicho en otros términos, el evolucionado meme pluralista se convierte en un refugio que posibilita la reactivación de alguno de los memes más bajos e intensamente egocéntricos (como, por ejemplo, púrpura y rojo). En su noble intento por ir más allá de las reglas conformistas (muchas de las cuales son, de hecho, injustas y marginadoras) y en su deseo genuino de deconstruir una racionalidad demasiado rígida (que suele alentar la represión y la estupidez), en su admirable intento, en suma, de avanzar hasta una postura postconvencional, el meme verde termina abrazando inadvertidamente todo lo no convencional... lo cual incluye muchas facetas abiertamente preconventionales, regresivas y narcisistas.

Boomeritis es una extraña amalgama entre memes postconvencionales muy elevados y memes narcisistas preconventionales muy poco elevados. Y uno de los resultados típicos de esta situación es que el yo sensible exagera su importancia y acaba afirmando que posee el nuevo paradigma que anuncia la mayor transformación de la historia del mundo, una transformación que revolucionará completamente la sociedad tal y como la conocemos, revolucionará todo lo que le precedió, salvará al planeta, salvará a Gaia, salvará a la Diosa...

Tenemos, pues, que desembarazamos de algunas de las facetas negativas de las últimas tres décadas de dominio boomer de los estudios culturales. Éste es precisamente el motivo por el cual tantos observadores han señalado, como ya hemos visto con Lentricchia, que «resulta manifiestamente imposible exagerar la inflación heroica del ego que aqueja a la crítica literaria y cultural académica». Señalemos una vez más que, si bien ésta no es la historia completa de los boomer; ni siquiera la más importante, sí que transmite su aroma más característico. Boomeritis ha sesgado de un modo significativo los estudios académicos, se halla detrás de la mayor parte de las guerras culturales, se oculta en cada rincón de la Nueva Era, impulsa la mayor parte de la actividad deconstructiva de la política de identidad y a diario crea nuevos paradigmas. No existe ningún ámbito, sin importar cuán inocente parezca, que haya escapado -como documento extensamente en Boomeritis 'de su reformulación.

Si a lo largo del proceso normal del desarrollo el pluralismo verde deja paso a la conciencia de segundo grado y a un posterior abrazo integral, ¿por qué mi generación

quedó atrapada en el meme verde, en el relativismo pluralista, en el igualitarismo extremo, en la oposición a cualquier forma de jerarquía, en el postmodernismo deconstructivo y en el pluralismo fragmentador del «Yo hago lo tengo que hacer, tú haces lo que tienes que hacer y al infierno con cualquier cosa que suene a integral»? Una de las principales razones parece ser que el intenso subjetivismo del meme verde fue un imán y un refugio para el narcisismo que, por las razones que fuere, muchos críticos sociales han encontrado tan presente en la generación del yo. Parece que boomeritis intensifica la fijación al meme verde hasta el punto de que el narcisismo se encuentra tan a gusto en el pluralismo que le resulta casi imposible abandonarlo. Así pues, boomeritis, la combinación entre un elevado pluralismo y un narcisismo francamente inferior, constituye uno de los principales obstáculos para llegar a un abrazo auténticamente integral.

Los muchos dones proporcionados por el meme verde

A mi juicio, boomeritis representa uno de los principales obstáculos que dificultan el desarrollo integral. Pero el punto verdaderamente importante no es tanto lo que ha funcionado mal con el meme verde, sino lo que puede funcionar bien, porque es precisamente desde el meme verde desde donde emerge la conciencia de segundo grado, es desde las perspectivas pluralistas alentadas por verde como se construyen las redes integradoras y holísticas.

Este hecho merece ser subrayado. El desarrollo procede a través de un proceso de diferenciación e integración (un monocigoto, por ejemplo, se diferencia en dos células, luego en cuatro, más tarde en dieciséis, después en treinta y dos... al tiempo que las células diferenciadas van integrándose en tejidos, sistemas y órganos coherentes). El meme verde consigue diferenciar heroicamente el formalismo frecuentemente rígido, abstracto y universal de la ola racional anterior (el meme naranja, operacional formal y egoico-racional). Verde, por tanto, no nos revela un uniformismo racional que tiende a ignorar y marginar todo lo ajeno, sino una inmensa variedad de contextos múltiples, culturas diferentes, percepciones pluralistas y diferencias individuales y es perceptivo (por algo se le conoce como el yo sensible) hacia todas aquellas voces habitualmente no escuchadas. Ya hemos visto que cada meme realiza una valiosa contribución a la salud de la espiral global y, en este sentido, la sensibilidad plural es uno de los grandes dones aportados por verde.

Una vez realizada esta extraordinaria diferenciación, pueden unificarse en contextos cada vez más amplios y profundos que descubren un mundo auténticamente holístico e integral -el salto a la conciencia de segundo grado-, pero sólo después de que el meme verde haya concluido previamente su labor. Primero, pues, existe diferenciación y luego integración. La conciencia de segundo grado consume la tarea emprendida por el meme verde y permite dar el salto desde el relativismo pluralista hasta el integralismo universal (es decir, el paso que conduce a la visión-lógica madura, el aperspectivismo-integral de Gebser, el estado integrado de Loewinger, etc.). Esto es lo que quiero decir cuando afirmo que el meme verde libera las múltiples perspectivas que se verán posteriormente integradas por la conciencia de segundo grado.

Resumamos diciendo que el meme verde representa la culminación de pensamiento de primer grado y constituye el trampolín que permite el salto al pensamiento de segundo grado. Pero para pasar a las construcciones del segundo grado, debe relajarse previamente la fijación al relativismo pluralista del meme verde, único modo de que sus logros se vean incorporados y pasen a los estadios posteriores. Pero antes es preciso relajar su propia posición y es precisamente boomeritis (la identificación narcisista con el marcado subjetivismo de la postura relativista) lo que se lo impide. Al resaltar la fijación al meme verde, creo que podemos acelerar el proceso que nos permita trascender e incluir sus extraordinarios logros en un abrazo todavía más generoso.

Más allá del pluralismo

Pero ¿por qué afirmo que boomeritis representa uno de los principales obstáculos que dificultan la emergencia de una visión auténticamente integral? ¿Acaso no ocurre lo mismo con la rígida conformidad del estadio mítico-pertenencia (azul), y también con el materialismo de la racionalidad-egoica (naranja)? ¿Y qué diríamos acerca de las terribles condiciones económicas de tantos países del Tercer Mundo?...

Sí, todo eso es muy cierto pero, como estábamos diciendo, el integralismo universal (holismo de segundo grado) únicamente puede emerger desde el estadio del pluralismo (verde). Obviamente, todos los "memes" pre-verde también "impiden" la emergencia de una visión integral, el único motivo por el cual centro mi atención en los boomer es que esta generación (como confirma la investigación realizada por Graves) es la primera en haber experimentado una evolución generalizada hasta la ola verde y, en este sentido, se trata de la primera generación que tiene la oportunidad de dar el paso que la conduzca hasta la visión-lógica madura, la conciencia de segundo grado y usar esa conciencia para organizar las instituciones sociales de un modo realmente integral.

Pero eso todavía no ha llegado a consumarse plenamente, porque no ha tenido lugar una transformación significativa a ningún estadio post-verde (como ya hemos visto, menos del 2% de la población mundial es post-verde). Pero eso todavía podría ocurrir y, puesto que sólo puede hacerlo desde verde, los boomer todavía están en condiciones de realizar un salto al hiperespacio de la conciencia de segundo grado. Y ésa podría ser una gran transformación histórica que tendría un efecto muy poderoso sobre la sociedad, tal y como la conocemos, una transformación que iría más allá de las meras palabras, ya que se apoya en la evidencia proporcionada por los estudios evolutivos psicológicos y sociales.

La cultura integral

El sociólogo Paul Ray ha descubierto recientemente un nuevo segmento cultural que, según él, constituye hoy en día un asombroso 24% de la población adulta de nuestro país (cerca de cuarenta y cuatro millones de personas), y al que, para distinguirlo de los movimientos culturales anteriores del tradicionalismo y del modernismo, califica con el nombre de cultura integral. Todavía queda por ver cuán "integral" es este grupo, pero yo creo que sus categorías representan corrientes muy reales. Los tradicionalistas están arraigados en los valores míticos premodernos (azul), los modernistas en los valores

racional-industriales (naranja) y los creativos culturales en los valores postformales-postmodernos (verde). Esos tres movimientos representan exactamente lo que podríamos esperar de la investigación realizada acerca del desarrollo y evolución de la conciencia (de lo mítico-preformal a lo formal racional y el comienzo de lo postformal).

Convendría, no obstante, subrayar varios puntos. Lo que Ray denomina cultura integral no es integral en la acepción que yo le doy al término, puesto que no está arraigado en el integralismo universal, la visión-lógica madura o la conciencia del segundo grado. Lo que sugieren los resultados del estudio de Ray, por el contrario, es que la mayor parte de los creativos culturales están simplemente activando el meme verde, como indican claramente los valores que evidencian: fuertemente antijerárquicos; comprometidos con el diálogo; abrazando el holismo del mundo chato (como dice Ray, "todo es holístico", sólo que el verdadero holismo implica una holoarquía o una jerarquía anidada y los creativos culturales evitan toda holoarquía, de modo que su holismo suele ser una mera amalgama de afirmaciones monológicas de totalidad como las que suele brindamos la física o la teoría sistémica); recelosos de las modalidades convencionales de la mayoría; admirablemente sensibles a la marginación de las minorías; comprometidos con los valores pluralistas y el subjetivismo y entusiastas, por último, de una espiritualidad fundamentalmente traslativa (es decir, no transformadora).¹ Como señala el mismo Don Beck, resumiendo las conclusiones de su investigación, «la "cultura integral" de la que habla Ray es, esencialmente, el meme verde. Existe muy poca evidencia de que los "creativos culturales" se hallen en el meme amarillo o en el meme turquesa o, dicho en otras palabras, de que apenas hay constancia de los memes propios de la conciencia de segundo grado».¹

Y son muchas las investigaciones empíricas adicionales que parecen apoyar esta interpretación. Yo creo que la opinión de Ray de que el 24% de los estadounidenses son "creativos culturales" en una cultura integral se deriva del hecho de que la mayor parte de los creativos culturales se hallan, por utilizar los términos de Jane Loevinger y Susanne Cook-Greuter, en el estadio individualista (verde), no en los estadios autónomo o integrado (amarillo y turquesa). La investigación evidencia que, en realidad, menos del 2% de los norteamericanos se hallan en el estadio autónomo o integrado (lo cual también se ajusta perfectamente a las conclusiones de la investigación realizada por Beck y la mayor parte de los desarrollistas, según los cuales menos del 2% han alcanzado el pensamiento de segundo grado). Resumiendo, pues, los creativos culturales -la mayor parte de los cuales son boomer- no son realmente integrales, sino que fundamentalmente están activando el meme verde.¹ 0

Pero es precisamente el meme verde el que, si no termina siendo abandonado, impide la emergencia de la integración propia del pensamiento de segundo grado, de modo que lo que Paul Ray denomina "cultura integral" es lo que realmente está impidiendo la emergencia de una cultura realmente integral.

Porque, a menos que sesguemos los datos, la "cultura integral" es realmente integral.

Pero el hecho es que puede serlo. Y ése es un punto absolutamente crucial porque, cuando los creativos culturales alcanzan la segunda mitad de la vida, se hallan precisamente en el punto en que puede tener lugar un gran salto en su conciencia que conduzca desde el meme verde hasta la visión-lógica madura y, en consecuencia, hasta la conciencia de segundo grado. Como sugeriré más adelante, este salto hasta la conciencia integral de segundo grado (y hasta las olas superiores auténticamente transpersonales) puede tener lugar mediante una práctica transformadora integral. La única razón por la que insisto en hablar de boomeritis es con la esperanza de que el hecho de hablar de algunos de los obstáculos que impiden esta transformación podría ayudar a eliminarlos.

Estas dificultades no se encuentran exclusivamente en los boomer ni en los norteamericanos. El relativismo pluralista es una ola del desarrollo de la conciencia de la que disponemos universalmente y tiene sus propios peligros y puntos de anclaje, entre los cuales debemos destacar un subjetivismo que parece constituir un verdadero imán para el narcisismo. Boonieritis, pues, no está, en modo alguno, confinado a los boomer, sino que puede afectar a cualquiera que se encuentre a punto de dar el salto a la conciencia de segundo grado, la única puerta de entrada a una conciencia espiritual y transpersonal permanente.